

[Fidel, humanista](#)



Son numerosas las referencias de quienes trataron con frecuencia a [Fidel](#) o de quienes compartieron con él, ya fuera a solas o en grupos, acerca de su constante preocupación por atender los más diversos asuntos propios de esas personas o de cualquiera otra relacionada con él o con su trabajo. Tales testimonios rememoran ejemplos y momentos diversos, desde los preparativos para el asalto al cuartel Moncada hasta sus años finales, cuando su vida pública se redujo notablemente.

No deja de admirar cómo un líder político que alcanzó dimensiones de talla universal, y que manifestó sistemáticamente estar muy atento a los grandes problemas de la humanidad contemporánea, no dejara de tener sus sentidos enfocados también hacia una multitud de asuntos de su propio país y de sus conciudadanos, a menudo con sus nombres y apellidos. Como tampoco deja de asombrar y conmover su preocupación por los problemas del mundo y especialmente por los pueblos más pobres y desposeídos.

Es cierto que ya como jefe de Estado dispuso de un aparato de apoyo y de colaboradores, casi siempre imbuidos de similares anchas preocupaciones humanistas. Basta recordar a Celia Sánchez Manduley, quien desde los días de la Sierra Maestra y hasta su deceso fue su más sensible y eficaz asistente, cuya lealtad y perspicaz ojo crítico lo mantenían al tanto de lo que pensaban y sentían hasta los cubanos más

humildes y sufridos.

Mas no caben dudas de que la personalidad de Fidel justamente exigía semejante contacto, directo y sistemático por sí mismo, y también por parte de quienes le rodeaban o ejercían cualquier función en nombre de la Revolución. Por eso prácticamente no ha quedado rincón de Cuba, centro de trabajo, escuela, hospital, campo deportivo, que él no visitara y hablara con quienes allí residían, estudiaban o laboraban. Por eso no exageran aquellos que atribuyen a su gestión personal, a su atento seguimiento, la obra de la que forman parte o en la que están involucrados de una u otra manera, y que es parte de su trayectoria personal, la de cada uno de ellos. Por eso hizo parte del modo de ser del cubano actual lo mismo defender con las armas la independencia de Angola y contribuir al fin del apartheid, que enseñar a leer y escribir en Nicaragua, que volcar todo tipo de solidaridad activa en Venezuela, que brindar asistencia médica por Latinoamérica, África, Asia, las islas del océano Pacífico. Por eso maravillaba su conocimiento al detalle de tantos asuntos del país y del mundo, su insistente manera de preguntar lo mismo a los más altos responsables que a los más sencillos participantes de una obra cualquiera.

¿Ilimitado afán de saber? Probablemente. Pero, aún más, fue de esos individuos a los que nada humano, incluida cada persona, les es ajeno. Su personalidad, para realizarse a plenitud, requería de esos saberes, de esos contactos y de ese compartir que fundamentaban su acción, sus pretensiones, sus deseos, su impulso para luchar por el mejoramiento de los seres humanos y de las sociedades.

Ese original y maduro concepto de Revolución que nos entregó tras su larga experiencia de liderazgo político, revela en más de uno de los rasgos de su definición la impronta martiana de su pensamiento. Plantearse que el trato entre los seres humanos en medio de la Revolución ha de sustentarse en la propia condición humana fue planteo del Maestro y modo habitual de ejercer su práctica en todos los campos.

Fidel se aleja de los esquemas sociológicos y teóricos para conceptualizar la Revolución, y como Martí, no la expresa solo como un gran movimiento social, sino que la conduce también hacia el individuo. A veces se ha argüido que en la vorágine de los procesos revolucionarios, como grandes momentos transformadores que impulsan y movilizan a grandes masas y requieren de choques y rupturas hondas que se hacen sentir en los más diversos órdenes, no cabe el individuo.

Hay quien ha dicho, incluso desde posiciones consideradas marxistas, que el individuo es sustituido por la masa. La frase que comento de Fidel es la de un verdadero humanista: la Revolución □la del socialismo, explícito yo□ requiere de un trato entre las personas como seres humanos, de cada uno hacia los demás. Ahí radicaría una de las diferencias esenciales con el capitalismo, que no es solo un sistema económico y social sino toda una cultura, un modo de ver, sentir y vivir principalmente para sí.

Por tanto, para Fidel, la Revolución tiene que cambiar las relaciones sociales hasta en el plano interpersonal. Y quien lea y estudie el pensamiento de Martí comprende de inmediato que él también partía de semejante punto para fundamentar su idea de la república nueva cubana, antillana, que sería distinta a las repúblicas oligárquicas del continente en las que se mantuvieron las antiguas estructuras económicas y sociales de la colonia, así como su cultura, su modo de ser y de pensar excluyente de las grandes mayorías. La república martiana, con base en las grandes mayorías, habría de alcanzar toda la justicia y no solo una parte de ella, como le escribió el Maestro a Antonio Maceo. Y por eso proclamó Martí que la ley primera de esa república sería el culto a la dignidad plena del hombre.

Aunque implícito, es evidente el sentido ético en la idea de Fidel, pues se pide el respeto recíproco a la condición humana en el trato dentro de la Revolución. Y sabemos que esa condición no era para Martí un concepto hueco, como tampoco lo fue para Fidel. Ser tratado como ser humano significa tener acceso al trabajo, a la educación, a la salud, a la cultura artística, etc. En dos palabras, desarrollar y potenciar las capacidades, los sentimientos, la vida espiritual y los requerimientos materiales básicos como vivienda y alimentación, entre otros. Si el trato respeta esa condición humana, respeta la integridad de las personas, y se contribuye así a su desenvolvimiento y mejoría, se logran entonces la justicia y la dignidad.

Por consiguiente, Fidel se integra al procedimiento del pensar martiano que no estableció una oposición entre individuo, sociedad y naturaleza, sino que fueron vistos todos por el Maestro como una unidad posible de alcanzar o, mejor, de recuperar. Fidel evade la dicotomía individuo-sociedad: la Revolución necesita comprender que la sociedad no es una simple suma de individuos, pero que sin estos no se puede hablar de aquella. Y ello es revolucionario porque es una manera diferente de plantearse el asunto y, a la vez, requisito imprescindible para llegar a una sociedad más justa, más digna. Hacer revolución significa, pues, cambiar la sociedad y dentro de ello a las personas. Y ese cambio ha de encaminarse hacia la justicia, hacia la dignidad.

Estoy convencido de que más que cualquier doctrina filosófica y que cualquier ideología, este sentido ético en la idea expresada por Fidel, como en todas las de ese tipo, es consecuencia de su adhesión al pensamiento martiano. Es sabido que desde joven, a tenor con lo que ocurría entre las ideas más avanzadas en la Cuba de entonces, Fidel estudió los textos de Martí, costumbre que a todas luces mantuvo a lo largo de su existencia, como se desprende de sus constantes referencias a ideas y frases de esos escritos ante los más disímiles temas y situaciones.

En verdad, el componente ético es característica singular del pensamiento fidelista. Por lo general sus planteos se sostienen en criterios morales, ya sea en sus señalamientos negativos hacia el capitalismo como en sus fundamentaciones de la necesidad de la Revolución y en la defensa de la obra de esta. Varias veces insistió en señalar que los seres humanos no se podían concebir como entes que seguían tras una zanahoria, al igual que uno de los caballos de batalla de su pensar fue la consideración del peso de la conciencia en la actuación humana y en el desarrollo de la Revolución. Por eso llamaba a crear conciencia, a que la Revolución no preparase robots o máquinas que obedeciesen a mandos, sino a personas capaces de entender y explicarse sus actos, y de decidir por sí su adscripción a las tareas de la Revolución. Conciencia y principios fueron temas del ideario fidelista y además puntales, sin duda alguna, para su concepto de Revolución y de los seres humanos que esta debía ir formando.

Lo interesante de tales pronunciamientos es que, además de afincarse en palabras denotativas de valores (honra, decoro, dignidad, el bien), suelen referirse en términos afirmativos a actitudes, a conductas [bien sociales, bien individuales], que convierte en ejemplos a seguir. Tal es el caso de la presente idea a que me refiero, cuyo sentido ético se expresa como el enunciado de un deber ser dentro de la Revolución a partir del empleo de verbos en infinitivo: ser tratado y tratar a los demás como seres humanos. Esa es tanto una aspiración como un imperativo para el quehacer de la Revolución. Apartarse de ambos sería para Fidel una manera de alejarse de la Revolución.

El concepto de Revolución de Fidel ha de entenderse como un deber ser, como una aspiración permanente. La idea de Fidel que comentamos, inseparable para su verdadera comprensión del conjunto conceptual de Revolución expresado por él, se asienta justamente en la necesidad del reconocimiento por esta de la importancia de cada individuo y de la exigencia del respeto hacia él y de él para los demás. Ello, desde luego, presupone una sociedad en que no prevalezcan las hegemonías y que permanezca alerta para que estas no resurjan por alguna vía, pues ello abriría brechas en ese camino del trato entre seres humanos.

Es decisivo que el pueblo cubano continúe sintiéndose revolucionario y actuando como tal. Y para ello es imprescindible aplicar siempre el principio incluido por Fidel en su concepto de Revolución: ser tratado y tratar a los demás como seres humanos.

Autor:

- [Rodríguez, Pedro Pablo](#)

Fidel, humanista

Publicado en Fidel soldado de las ideas (<http://www.fidelcastro.cu>)

Fuente:

Periódico Granma
24/11/2017

URL de origen: <http://www.fidelcastro.cu/es/articulos/fidel-humanista?width=600&height=600>